

Capítulo



Noté varias cosas extrañas acerca del gato surfista...

La primera: Era un gato surfista.

La segunda: Tenía una camiseta que decía: **LOS GATOS MANDAN, LOS PERROS LADRAN.**


La tercera: Llevaba un paraguas cerrado, como si temiera mojarse. Algo más bien *absurdo* teniendo en cuenta que estaba haciendo surf.

La cuarta: Nadie más en la playa parecía verlo, excepto yo.

El gato había tomado una buena ola y se deslizaba suavemente, pero al acercarse a la orilla, cometió el error de abrir el paraguas. Una ráfaga de viento lo levantó por el aire; no chocó con una gaviota por segundos.

Hasta la gaviota pareció no verlo.

El gato pasó volando como un globo peludo. Yo miré directamente hacia arriba, él miró directamente hacia abajo. Luego me saludó con la mano.



Era blanco y negro, estilo pingüino. Solo le faltaban la gale-
ra y el corbatín. Me pareció que se dirigía a un lugar elegante.

También me pareció extremadamente familiar.

“Crenshaw”, susurré.

Eché un vistazo a mi alrededor. Vi constructores de castillos
de arena, lanzadores de Frisbees y cazadores de cangrejos.
Pero no vi a nadie que observara al gato surfista que flotaba en
el cielo aferrado a un paraguas.

Cerré los ojos con fuerza y conté hasta diez. Lentamente.

Diez segundos me pareció la cantidad de tiempo nece-
saria para recuperar la cordura.

Me sentí un poco mareado. Pero eso me ocurre a veces
cuando tengo hambre, y no había comido desde el desayuno.

Cuando abrí los ojos, suspiré aliviado: el gato se había
ido. El cielo se veía vacío e infinito.

Paf. A pocos centímetros de mis pies, el paraguas aterri-
zó en la arena como si fuera un dardo gigante.

Era de plástico rojo y amarillo con caritas de ratoncitos
sonrientes. En el mango, escrito con crayón, decía: **ESTE
QUITASOL PERTENECE A CRENSHAW.**

Cerré los ojos otra vez y conté hasta diez. Al abrir los
ojos, el paraguas –o el quitasol o lo que fuera– había desa-
parecido. Al igual que el gato.

Eran los últimos días de junio, el tiempo estaba cálido y
agradable, pero sentí un escalofrío. Tuve la sensación que uno
experimenta un segundo antes de arrojarse a la parte más
honda de una piscina. Estamos yendo a otro lugar y todavía no
estamos ahí, pero sabemos que ya no podemos volver atrás.